



12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT55: Miradas antropológicas sobre la niñez

Recorriendo el barrio: formas de habitar el espacio urbano en la CABA

Hebe Ailén Montenegro, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, hebe.montenegro@gmail.com

Resumen

La villa 31 es uno de los barrios populares más antiguos de la geografía porteña (se remonta a los años treinta) y se encuentra en una de las zonas cuyo suelo es el de mayor valor monetario de la ciudad. Así, es un territorio constantemente disputado por una diversidad de actores sociales que imprimen múltiples sentidos sobre el barrio, y pretenden diferentes usos del mismo. El espacio, por tanto, lejos de ser un telón de fondo de las dinámicas sociales, emerge como una dimensión de análisis fundamental para comprender los procesos sociales que allí se desarrollan, dado que son, también, procesos espaciales. Lxs niñxs que viven en el barrio, por medio de sus prácticas, le imprimen sentidos que entran en diálogo con aquellos que otros actores construyen, y se constituyen así en un grupo social relevante para la investigación antropológica.

El objetivo de este trabajo es analizar los sentidos y prácticas que un grupo de niñxs que viven en la villa 31 le dan al territorio que habitan. A través de observar cómo son sus recorridos, en qué lugares permanecen y también qué lugares omiten, si lo hacen solxs o acompañadxs y con quién interactúan y qué acciones desarrollan en el espacio, intentaremos dar cuenta de las formas de habitar el espacio urbano que despliegan lxs niñxs del barrio. La reconstrucción de estas prácticas y relaciones se realizará por medio del enfoque histórico-etnográfico como abordaje teórico y

metodológico. Proponemos un estudio de la vida cotidiana, puesto que entendemos que es allí donde se gestan los procesos y transformaciones históricas, a partir de la reproducción social. Así, partir de esta dimensión permite poner en relación y en tensión las prácticas cotidianas de lxs niñxs con procesos de más amplia escala, sin perder de vista los sentidos que se ponen en juego.

Palabras clave: *Niñez; Ciudad; Espacio; Etnografía.*

Introducción

El objetivo de esta ponencia es reflexionar en torno a los usos y sentidos que un grupo de niñes que asiste a un espacio de acompañamiento escolar y recreación llamado AulaVereda Villa 31 (AV Villa 31), en dicho barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, construye acerca del espacio público del barrio.

Estamos dentro de la Casa de Clelia, en el medio de una actividad de AulaVereda Villa 31. Dos domingos al mes hacen una feria americana con ropa donada, entonces los sábados anteriores se dedican a ordenarla con les niñes. Hay alrededor de 15 niñes adentro y cuatro educadores, dos mesas hechas con tablonés y caballetes en el medio, con montañas de ropa de todos los colores, tamaños y tipos arriba. Barbara empieza ordenar y les pide que la ayuden, y arman categorías de ropa en pilas en el piso y en bancos que hay contra las paredes. De vez en cuando preguntan para qué categoría va alguna ropa, y se responden entre ellos (“esta va para ropa de niño, ¿no ves que es chiquita?”). La situación se sostiene de esa manera un rato, pero después de un tiempo Bauti, Paola, Violeta, Graciela y otras dos niñes cuyos nombres no sé, dejan de ordenar la ropa y empiezan a jugar a la mancha adentro del local. Abren la puerta y salen casi todes corriendo a la calle, dejando a les educadores adentro junto con dos niñas. Están jugando a la mancha, y corren por toda la cuadra, sobre todo en el quincho de la parroquia Caacupé. No doblan hacia los pasillos, se mantienen en Inmigrantes (Registro, junio 2019).

Las calles de la Villa 31 un sábado por la tarde son un desfile dinámico y móvil de personas de a pie que recorren de un lado al otro las calles, esquivando autos y motos que se abren paso entre la marea de personas que pasean, compran en

alguno de los numerosos puestos que hay a los costados de las calles, o caminan con determinación hacia algún lugar. Es un desfile que no se repite a sí mismo nunca, lleno de improvisaciones y en constante transformación, tanto a raíz de las acciones de los vecinos que intervienen el espacio como del GCBA¹ que lleva adelante el proceso de reurbanización (Ons, 2018).

Así, la 31 está “siempre creciendo en distintas direcciones” (Chait: 2019:10), y al visitarla, parecería que nada nunca se queda quieto, en un sólo lugar. La villa se encuentra en el barrio de Retiro, en la Ciudad de Buenos Aires, lindando con Recoleta y Barrio Norte de un lado, y con el Río de la Plata del otro. Es uno de los barrios populares más antiguos de la ciudad, y su historia se remonta a principios del siglo XX, producto de las migraciones tanto externas como internas hacia la ciudad. Hoy en día forma parte del numeroso grupo de 48 asentamientos urbanos que contiene la trama porteña, pero tiene la particularidad de ser uno de los pocos ubicado en la zona norte de la ciudad, cuyo valor inmobiliario suele ser más alto que en la zona sur (junto con el Playón de Fraga, en Colegiales, y la Rodrigo Bueno, en Puerto Madero).

El espacio público barrial tiene un lugar protagónico en la vida cotidiana de sus habitantes, sus calles sin veredas constituyen un espacio colectivo compartido por todos. Son usuales las puertas abiertas de las casas, los vecinos que sacan mesas y parlantes con música, y las motos, bicis y autos, estos últimos dependiendo de la zona, ya que hay lugares inaccesibles para los autos por la estrechez de las construcciones. Los niños que viven en el barrio no son ajenos a estas dinámicas de habitar el espacio público, sino que forman parte activa de este entramado de prácticas, ya que ellos también viven en el barrio y hacen uso de sus calles y espacios. Sin embargo, lo hacen de una forma particular: jugando en la calle, usando el espacio público para desarrollar un amplio abanico de prácticas lúdicas, sobre las que nos focalizaremos a continuación con la finalidad de, a través de su análisis, indagar en torno a los vínculos que los niños establecen con el espacio público barrial.

¹ Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que desde el año 2007 está en manos de la alianza Cambiemos (antes, el PRO).

Referentes conceptuales y referente empírico

La investigación que sustenta esta ponencia fue realizada partiendo del método etnográfico como perspectiva teórica y también metodológica (Rockwell, 2009). La etnografía privilegia el registro de las prácticas que las personas despliegan en su vida cotidiana, en ese día a día que es también el momento de la reproducción de los sujetos, su historia y la historia (Heller, 1976). A su vez, partir del método etnográfico implica el intento de realizar también una tensión de las categorías sociales naturalizadas y no considerarlas autoevidentes, sino más bien encontrar su sentido para los sujetos que las utilizan atendiendo a las relaciones sociales e históricas en las que se insertan. El trabajo de campo sostenido permite conocer las concepciones que los sujetos con los que nos interesa trabajar ponen en juego a la hora de llevar adelante sus vidas, habilitando un diálogo entre aquellas con las construcciones teóricas con las que vamos al campo (Zenobi, 2012).

A lo largo del año 2019 y durante el tercer trimestre del 2020 participé de las actividades y propuestas del equipo de educadores de AulaVereda Villa 31, un proyecto pedagógico que funciona días de semana y sábados por la parte en dicho barrio de Retiro, desde hace casi 8 años. Allí asisten una cantidad variable de niños de entre 3 y 18 años a realizar actividades educativas, recreativas y tomar la merienda. A lo largo de la investigación trabajé siempre con el grupo denominado como *preadolescentes*, niños que estaban terminando la primaria o comenzando la secundaria, de entre 11 y 15 años, aproximadamente.

Con la finalidad de conocer sus formas de relacionarse con el espacio público en el barrio, me dediqué a realizar instancias de observación participante, siguiendo sus movimientos por el espacio durante las actividades de AV Villa 31. A veces, tomaba una participación más activa y me sumaba al grupo de educadores, y en esas instancias también mantuve conversaciones informales con ellos. Otras veces, decidía alejarme y simplemente registrar lo que estaba pasando, y hacia el final del trabajo de campo, realicé entrevistas más estructuradas con quienes accedieron a ello.

La niñez, como otras categorías etarias, está construida a partir de diversos procesos sociales, culturales e históricos, siendo un producto dinámico de los mismos (Carli, 1999). Al indagar en torno a la niñez, hay dos caminos posibles,

disociables analíticamente, pero inseparables entre sí: poner el ojo en las experiencias infantiles en diferentes territorios y momentos históricos, por un lado, y por el otro, focalizar sobre los discursos que circulan en torno a dichas experiencias infantiles (Liebel, 2018). Les niños comparten el mundo con las personas que las que se relacionan, y no se encuentran por fuera de las disputas y conflictos inherentes a los procesos sociales (Szulc, 2019). Al mismo tiempo, construyen sentidos y saberes acerca de estos procesos sociales, que son válidos para la investigación social (García Palacios y Hecht, 2009). En consonancia con las nuevas perspectivas legislativas en torno a la infancia a partir de la sanción de la CIDN a finales del siglo pasado, también las ciencias sociales volvieron la mirada sobre la niñez y su vinculación con diversas dimensiones de la vida social (Carli, 2012) y entre ellas, la dimensión urbana de la experiencia infantil (Gulgonen y Corona, 2019).

Entendemos al espacio no como mero telón de fondo de los procesos sociales, sino como dimensión co-construida por los sujetos que lo habitan, a la vez que también constituye sus vidas y contiene sus experiencias (Segura, 2015). De este modo, consideramos que las experiencias urbanas de los sujetos se ven atravesadas y condicionadas por diversos clivajes entre los cuales encontramos el sexogénico, el de clase, el de raza y el de edad (Boy, 2018).

Enriz (2012) diferencia las prácticas lúdicas y del juego, planteando que hablar de práctica lúdica tiene la potencia analítica de situar en el centro la experiencia de los sujetos, ya que por medio de dichas prácticas estos pueden transformarse a sí mismos y a su entorno. En este sentido, podemos decir que la lúdica forma parte de una dimensión fundamental de la experiencia humana, en tanto búsqueda de emociones que no se circunscribe sólo al tiempo libre sino a todo momento de la vida cotidiana, y a que, a su vez, tiene una potencia creativa y transformadora (Bonilla Baquero, 1998). Como plantea el autor: “Por esta razón el hombre ha bailado, reído y jugado desde tiempos inmemoriales y cada nuevo ser empieza su incursión en el mundo de la vida mediante actividades lúdicas con los elementos de su entorno” (Bonilla Baquero, 1998: 2). El juego, entendido en su definición clásica como una acción libre, sentida como fuera de la vida cotidiana, con límites espaciales y temporales previamente acordados por los jugadores y con una serie

de reglas conocidas por todos ellos (Huizinga, 1938), también tiene un componente lúdico, pero emerge en instancias acotadas. Para este análisis utilizaremos ambas categorías, tendiendo más a recurrir a la de práctica lúdica, ya que coincidimos con Enriz en su potencia analítica.

También recuperamos la noción de experiencia formativa, en función de pensar desde las prácticas lúdicas de los niños (Padawer y Enriz, 2009). Entendemos las experiencias formativas como aquellas prácticas y relaciones en las que los niños participan y les permiten apropiarse de diversas formas del mundo que los rodea (Padawer, 2010; García Palacios, Hecht y Enriz, 2015). Al mismo tiempo, y al igual que lo propuesto por Enriz (2012), esta perspectiva sitúa a los sujetos y sus relaciones en el centro del análisis, puesto que propone que no son receptores pasivos de los acontecimientos, sino que a partir de la experiencia los sujetos accionan y transforman el mundo. En relación con esto y vinculándolo con lo desarrollado anteriormente, el juego en el espacio público es una forma de apropiarse de este, marcarlo simbólicamente y transformarlo (Scheines, 1998). Así, podemos concluir que el juego en el espacio público es una forma de vinculación simbólica con este, construyendo el espacio vivido (Lefebvre, 2013; Berra, 2018) y haciendo a los niños partícipes y creadores del mundo que habitan (Corbal, 2011).

Los tableros de juego urbanos en la villa

La villa propone una diversidad heterogénea de espacios y prácticas que constituyen la cotidianeidad de no sólo los vecinos del barrio sino también de la multiplicidad de sujetos que todos los días pisan sus calles, dándoles diversos usos, entre ellos usos recreativos, de encuentro y disfrute. Los niños no son ajenos a estas dinámicas espaciales en donde se practica una convivencia creativa entre personas de a pie, autos, bicis y motos, sino que, muy al contrario, participan de ellos y los hacen propios. En múltiples oportunidades les he cruzado caminando por la calle, yendo a algún lugar del barrio a encontrarse con alguien.

Bauti, uno de los niños de AV Villa 31, solía aparecerse por el local de AulaVereda Villa 31 temprano, a las 14hs, para ver si ya habían llegado los profes. Si era así, saludaba y luego, se iba en búsqueda de su hermana y a veces, otras dos niñas que viven en el mismo pasillo que ellos para volver todos juntos al local.

Al lado de la Casa hay un kiosko que vende hamburguesas y tienen unas mesitas altas afuera, y siempre hay gente sentada charlando. Arriba del local hay una casa donde vive una familia, y dos chicas que son hermanas que van a AulaVereda. Al lado de la parroquia hay una lavandería, y al lado otro kiosko.

Bauti pasa corriendo por Inmigrantes, y vuelve corriendo. Me mira y mantenemos este breve intercambio:

Bauti: ¿Hoy hay AulaVereda?

Hebe: Sí, pero no sé si empieza ya, creo que dentro de un rato, preguntales a les profes!

Entra al espacio y da una vuelta corriendo, vuelve a salir y se mete en el pasillo de su casa. Rápido vuelve con Valen, su hermana, y entran de nuevo al local.

(Registro, julio 2019)

Las características del espacio están íntimamente relacionadas con las formas que tienen los sujetos de habitarlo y las prácticas que se despliegan allí. En este sentido, las características del barrio que hemos descrito previamente permiten que les niños –como también lo hacen los adultos– lleven adelante un amplio despliegue de prácticas en el barrio, particularmente, prácticas lúdicas. Siguiendo lo propuesto por Enriz (2011), entendemos que estas prácticas constituyen un modo de construir simbólicamente el espacio y vincularse con él de forma colectiva, de apropiación y recreación del entorno.

Así, no son una práctica específicamente infantil, sino que los adultos también desarrollan instancias lúdicas en su vida cotidiana, si bien son diferentes a las que despliegan los niños. Los sábados por la tarde –cuando no llovía– los vecinos salían a las calles, paseaban por las ferias del barrio, compraban o comían en algún local a la calle. Las mesas de los negocios estaban repletas de personas conversando entre ellas, los autos pasaban y se tocaban bocina, las puertas de las casas se abrían, sacaban mesas y sillas a las calles y pasaban música. El paisaje sonoro del barrio un sábado por la tarde estaba marcado por las conversaciones entre las personas, el ruido de los autos al pasar y el bajo de alguna cumbia o algún reggaetón. El espacio público se transformaba en espacio común, que habilita la posibilidad de realizar una multiplicidad de prácticas (Bang, 2012).

En este contexto, unas de las cosas más usuales que sucedían en la calle eran los juegos de los niños, corriendo de un lado a otro. Las fronteras difusas entre el adentro y el afuera existían también para las actividades de AV Villa 31, y era común que estando en el contexto de alguna de ellas, cuando los niños se aburrían de lo que estaban haciendo salieran a la calle y se pusieran a jugar a algo, ya sean juegos conocidos y más estructurados como la mancha o la escondida o simplemente salieran a correr o inventaran algún juego en el momento (como podemos ver en el registro que abre este trabajo). También era usual que, quienes viven cerca del local, fueran a sus casas en la mitad de la actividad, ya sea para almorzar sino habían llegado a hacerlo o sólo a buscar algo, y volvieran un tiempo después a incorporarse a las propuestas de los educadores.

Siguiendo a Berna (2018) es posible pensar que el juego, cuando irrumpe en lo urbano se transforma en un relato espontáneo del espacio vivido, y desde allí los niños construyen imaginarios y afectos sobre su barrio, así como también, entre ellos mismos. Las calles y las casas no son sólo calles y casas, sino que son escondites y trincheras para jugar a la escondida y a la mancha, se transforman en campos de juego urbanos (Bonet, 2019) que son apropiados por los niños más allá de su uso planificado. Algunas calles parecían tener un potencial de explotación lúdica esperando a cada vuelta de la esquina, siendo para los niños un espacio de juego y encuentro con otros.

Cuando les pregunté por los lugares a donde solían jugar o donde solían ir para divertirse, además de la calle o *el pasillo*, hubo otros espacios que los niños referenciaron como lugares de juego. Son ciertos tableros de juego urbanos (Bonet, 2019) que eran utilizados para jugar o realizar deportes y que, a diferencia de las calles, estaban planificados para esas actividades. La *Plaza Lápiz* es uno de ellos, y fue uno de los espacios más nombrados por los niños como lugares que frecuentaban en el barrio, a donde les gustaba pasar el rato. Esta plaza forma parte de las obras que el GCBA realizó en el barrio, y su nombre viene de que tiene “unas cosas que parecen lápices”, en palabras de Paola (12).

También nombraron canchas, como *La Canchita de los Tucu*, como la llamó Ramona (13), porque en las casas aledañas vive una familia a la que llaman “Los Tucu”, cuyos niños iban también a AV Villa 31, o simplemente *La Canchita*, en el

barrio Chino, a unas pocas cuadras de la Casa de Clelia. Allí solía haber niños que viven cerca jugando al fútbol en una de las zonas de la cancha. Hay otra cancha cercana llamada Bichito de Luz, en donde usualmente se organizaban festivales y actividades de las diversas organizaciones, sin embargo, los niños no la nombraron tanto como a *La Canchita*. Otro espacio nombrado fue *la iglesia*, la parroquia Caacupé, que queda en frente del local de AV Villa 31 y relativamente cerca de la casa de los niños, y que tenía un quincho techado amplio y con piso de cemento, ideal para jugar a la pelota o correr.

Movilidades barriales en el juego y la lúdica

H: Bauti me contaba que él se juntaba con vos, con Gra y con Violeta y que jugaban acá²

P: Sí, jugamos en el pasillo, mucho acá en la iglesia, a veces afuera. A la mancha, a la pelota, un montón de cosas jugamos, a la escondida, montón de cosas jugamos.

H: Y juegan en otro lugar aparte de por acá?

P: No

H: No van a un lugar a jugar?

P: No, porque no nos dejan ir, salir por allá, ir lejos.

H: Quién no te deja ir lejos?

P: Mi mamá y la mamá de ellos, porque tenemos que ir con un adulto, no con nosotros

(registro, noviembre 2020)

Jugar en la calle en tanto práctica cotidiana infantil era algo que sucedía de una forma usual y espontánea, sin la necesidad de consultar con un adulto. Sin embargo, a la hora de ir un poco más lejos, en nuestras observaciones notamos que emergía la necesidad de pedir permiso o estar acompañados de alguien mayor. En los registros de las actividades de AV Villa 31 esto aparecía frecuentemente bajo el pedido de *ir a la plaza*, que era usual entre los niños hacia los educadores. Seguramente la cercanía y la lejanía juegan un rol importante en esta

² El quincho de la parroquia Caacupé, donde fue realizada la entrevista

distinción: la lejanía de la plaza implica que, para ir, muchos de los niños tenían que pedir permiso, o estar acompañados por alguna persona adulta.

Así, era usual que los niños les preguntaran a *les profes* si podían ir a algún lugar del barrio, como en este registro que presentamos cuando Male (12) trataba de convencer a Bárbara, una de las educadoras, que estaba sentada en la mesa conversando con otros educadores y conmigo en el quincho de la parroquia Caacupé, de que las llevara a ella y a las otras niñas que estaban en el local de AV Villa 31 (Ramona, Paola, Violeta, Graciela, Luisina y Malén) un rato a la plaza.

Male: ¿Profe dale podemos ir a la plaza?

Bárbara: No sé, preguntale al resto de las chicas qué quieren hacer

Male: ¡Quieren!

Bárbara: No parece que quieran, dale organícense y vamos, sino es re difícil todo.

(Registro, noviembre 2020)

Podemos ver cómo Male le insistía a Bárbara para que las acompañe a ella y a las otras niñas a la plaza, con lo que podemos asumir que no podían ir solas, al menos en ese momento, o que querían ir acompañadas por ella. Male, que parecía ser la que más ganas de ir a la plaza tenía, ya venía preguntándole a Bárbara, mientras que las otras chicas estaban haciendo otras cosas, algunas conversaban en la puerta de la casa de Clelia, otras estaban adentro participando de la actividad para los niños más pequeños. Si bien según Male las otras niñas expresaban ganas de ir a la plaza, no terminaban de tomar la iniciativa de ir hasta allá, que era lo que Bárbara, según pude interpretar, estaba buscando que hicieran. En este sentido, podemos pensar que también desde los educadores de AV Villa 31 ir a las plazas del barrio era construido como una situación por fuera de lo cotidiano –una actividad en sí misma–, mientras que las actividades diarias solían suceder en las cercanías del local de AV Villa 31.

Cuando los niños cuentan con la cercanía de un espacio pensado para jugar, lo utilizan con este fin, como sucede con *La Canchita* y los niños que viven en sus zonas adyacentes. Sin embargo, quienes no tienen un espacio amplio cerca, transforman las calles aledañas o cercanas a sus hogares en espacios de juego, transformándolos en espacios lúdicos no planificados (Fernandez Bonet, 2019). La

cercanía a sus casas resulta un condicionante para decidir donde jugar y donde no hacerlo, aún si esos espacios donde se juega no están pensados originalmente para ser espacios de juego. Sin embargo, las movibilidades que se ponen en práctica a la hora de jugar se sostienen sobre ciertos límites espaciales que se hacen más o menos claros en el contexto del juego.

Algo que pudimos observar de forma sistemática en el trabajo de campo, y particularmente cuando tuvimos la oportunidad de registrar momentos de juego de larga duración (más de media hora de diversos juegos que se suceden unos a otros) es que mayoritariamente se mantenían en Inmigrantes, y hacia un lado, no solían ir más allá de la parroquia Caacupé, mientras que, hacia el otro, a veces entraban a dos pasillos que salen de la calle. En uno de ellos viven cuatro de los niños (Bauti y Violeta y Paola y Graciela), y el otro lleva hacia otra calle ancha, paralela a Inmigrantes, en donde vive otra de las niñas (Male). Es decir, son espacios que ellos habitualmente recorren, forman parte de sus trayectos cotidianos.

Estamos afuera, el día está lindo, aunque hace un poco de frío. Bauti, Male, Gra, Paola, Ayelen, Violeta y Luciano están afuera del local, jugando a la “mancha nada”. Cuando se tocan para que el otro sea la mancha dicen “taki”. Les más chiquites, los niños de inicial, están en la parroquia, se ve porque está la puerta abierta y se ve desde la calle. Ema, una de las educadoras, decide sumarse a los juegos de los niños, y empieza a coordinar. Bauti dice que se aburría de la mancha, y piden jugar a la escondida.

Ema: Bueno, pero pensemos a donde no nos podemos esconder.

Bauti: No nos podemos esconder en los pasillos...

Ema: Que cuente Teo y se esconden, ¿dale?

Teo, otro profe que se suma a pedido a Ema, se pone contra una de las columnas de la parroquia y todos corren a esconderse. Algunas, a pesar del pedido de que no se escondan en los pasillos, se van corriendo por uno que sale de Inmigrantes hacia la izquierda, que conecta con otra calle. Bauti se sube a una de las escaleras caracol de una casa que está sobre Inmigrantes, más allá del pasillo donde él vive, y mira todo desde ahí. Paola y Violeta se esconden adentro del local, Graciela y Ayelén, a la vuelta de la parroquia. La mayoría no es que se queda escondida, sino que se mueven, Bauti baja y vuelve a subir a la escalera caracol, y al final Teo encuentra a algunas y otras aparecen soles, quizás aburridos de esperar a que les encuentren (ninguno intentó hacer pica)

Después de la escondida, vuelven a proponer otra mancha, y Gra y Violeta proponen ir a pasear a la feria.
(Registro, septiembre 2019)

Así, cuando les niños juegan en la calle, expresan corporalmente ciertos límites de hasta dónde ir, hasta donde correr y llegar, en dónde sí pueden esconderse y en dónde no. No sólo eso, sino que esos mismos límites se construyen en el desarrollo de prácticas lúdicas –en interacción con otros factores–, es decir que no únicamente se expresan en esos juegos límites previamente construidos, sino que consideramos que el juego tiene también la potencia de construirlos y tensionarlos. Si el juego es una práctica con límites espaciales y temporales específicos (Huizinga, 1938), podemos pensar que estos, lejos de consensuarse previamente cada vez entre los niños, al estar anclados en la cotidianeidad del jugar, se construyen en vinculación con otras prácticas de los niños en el barrio, esos trayectos cotidianos, las casas donde viven personas que conocen. Y también, en el juego mismo estos límites se reactualizan, se construyen y movilizan.

En este sentido, el juego en el espacio público es una forma de apropiarse del territorio, marcarlo simbólicamente y transformarlo (Berna, 2018). Como vimos en el registro anterior, cuando Bauti se sube a la escalera caracol, o cuando Graciela y Ayelén corren atrás de la parroquia, afirmamos que están construyendo sentidos sobre el espacio imprimiéndole significados por medio del juego, transformándolo en un espacio de escondite, y de este modo, apropiándose del mismo. Una apropiación que no sólo se reduce a ese instante de juego, sino que se hace parte de las formas de habitar el barrio, aunque luego los niños utilicen los espacios con otros fines. La marcación simbólica implica la construcción de ese espacio de imaginarios, sensaciones y emociones que se tejen en los espacios por medios de las prácticas lúdicas de los niños.

Las movildades infantiles no están contenidas únicamente en límites espaciales, sino también límites temporales. Mayoritariamente, el trabajo de campo fue realizado los días sábado por la tarde, momento en el cual, como hemos descrito, hay mucho movimiento y dinamismo en las calles del barrio. Sin embargo, no sucede lo mismo luego de cierta hora de la noche, cuando las calles dejan de ser concurridas.

“A mí me gusta la gente cuando pasa, me divierte como si fuera que yo estoy más tranquila, pero cuando no hay nadie no me gusta porque siento que alguien me va a venir de atrás o de adelante. O del costado.”

(Graciela, 13 años, diciembre 2020).

En este sentido, así como el espacio es habitado de formas diferentes dependiendo de la edad de los sujetos, las experiencias también se modifican en torno al género. Si bien Graciela no explicita en qué horarios las calles pasan a “no tener nadie”, lo más usual en el barrio es que después de las 22hs el tránsito de gente se reduzca de forma significativa en comparación al que hay durante las horas más diurnas. En este sentido, una misma calle de día puede ser un espacio de juego y de encuentro con otros –y por ende de disfrute– mientras que de noche puede convertirse en un espacio peligroso.

La construcción del espacio común

Podemos arrojar que las prácticas lúdicas que les niños despliegan en el barrio se contienen en ciertas movilidades espaciales, vinculadas a la cercanía y a la lejanía con sus hogares y a la proximidad de algún espacio delimitado para jugar (como *la Canchita*), como hemos desarrollado previamente. También se contienen en límites temporales, relacionados con los momentos de ocio que tienen habilitados y también, sobre todo para las niñas, ciertas concepciones respecto de los momentos en los que la calle es peligrosa o no lo es. Los juegos y prácticas lúdicas de los niños irrumpen en el espacio público barrial, más allá de si ese espacio está planificado para que allí se juegue (como pasa con *la Plaza Lápiz* o *la Canchita*) o no. Pero al mismo tiempo, querríamos resaltar que también están en consonancia con las prácticas espaciales adultas y junto con ellas configuran la espacialidad del barrio en su totalidad. Es decir, las formas infantiles de habitar el barrio se construyen en interacción intergeneracional con las formas de habitar adultas.

Maia (educadora, 29) propone sacar la mesa afuera, porque estamos picando cebolla y le están ardiendo los ojos, así que agarramos todo y vamos en frente, a la parte de atrás de la parroquia, que es como una especie de quincho techado.

Hay un grupo de niños jugando a la pelota, deben tener entre 6 y 11 años, con un perro muy pequeño, se van pateando la pelota entre ellos y el perro la va persiguiendo. De a ratos dejan de hacer eso y pelotean entre ellos, apuntando a arcos imaginarios. Ponemos la mesa al lado de ellos, contra la pared de la parroquia. En la otra punta del quincho hay un grupo de personas sentadas alrededor de una mesa, pasando música en un parlante y charlando. Están cocinando en una parrilla portátil. A lo largo de la jornada, va llegando cada vez más gente y se les suma.

(Registro, octubre 2020)

Como hemos desarrollado, los adultos del barrio también hacían uso del espacio público como espacio común y de encuentro. En este sentido, tanto los niños como los adultos desplegaban prácticas lúdicas en el espacio público, aunque con particularidades de cada generación. Los niños no construyen en soledad el juego en el barrio como práctica habitual y cotidiana dentro de este, lejos de ello, lo hacen en interacción también con las formas adultas de habitar el espacio público. De este modo, resulta que pensar a las calles del barrio como un espacio de encuentro, recreación y esparcimiento, si bien desde diferencias generacionales, es una práctica común a adultos y niños. Con esto no queremos decir que no existan tensiones y disputas que puedan leerse en clave generacional, sino que las prácticas de los niños en el barrio también conforman la trama de prácticas, sentidos y emociones que constituyen la 31.

Así, nos interesa evidenciar la necesidad de mirar las prácticas infantiles de forma relacional e interseccional, atendiendo también a las prácticas adultas y la trama de relaciones en las que se insertan. Si bien nuestro interés está puesto en conocer y profundizar en torno a las experiencias infantiles, no consideramos que estas se encuentren separadas o aisladas del resto de la experiencia social. Por ende, retomamos la propuesta de Szulc (2019:61) de “relevar la agencia social infantil de manera situada”, con la finalidad de no descontextualizar las vidas de los niños con los que trabajamos, sino por el contrario, mostrar su interacción con los complejos procesos sociales y espaciales en los que se mueven.

Podemos ver cómo las instancias lúdicas que los niños construyen en el barrio tienen lógicas propias, construidas en relación con el contexto barrial y las relaciones

sociales que allí se desarrollan. Tienen límites espaciales y también temporales para su despliegue que no son aleatorios, sino que se sustentan en una construcción – siempre dinámica– en interacción con el espacio, su materialidad y los sujetos que lo habitan.

Conclusiones

En esta ponencia hemos intentado analizar las prácticas que los niños despliegan en el barrio, particularmente las prácticas lúdicas, y los modos en que estas se vinculan con las formas en que construyen el espacio que habitan. Analizamos las prácticas lúdicas en el espacio público barrial de los niños, atendiendo a las formas en las que por medio de aquellas ellos se relacionan con este. Mediante el juego en el espacio público los niños también interactúan con el contexto en el que viven, ya que jugar es una de las formas que tienen de habitar el espacio, que, además, es específica de las infancias en el barrio. Consideramos que es una práctica que posiciona especialmente a los niños dentro del espacio social del barrio como sujetos que lo disputan y lo ponen en tensión, a la vez que lo construyen como ese espacio común. Vimos que la cercanía o lejanía de sus casas de espacios delimitados para el juego es un factor que produce la construcción del sentido lúdico de otros espacios, siendo la calle el ámbito privilegiado para esto. Por otra parte, nos detuvimos en los límites temporo-espaciales que se expresan y construyen por medio de estas prácticas: cercanía a sus hogares y circuitos conocidos, en términos espaciales, y horarios diurnos, en términos temporales.

Podemos arrojar como reflexión que a la hora de jugar los niños construyen estos límites que están sustentados en ciertos trayectos cotidianos barriales, asociados a tareas domésticas –como ir a comprar o sacar basura–, o a lugares a los que van seguido –como AV Villa 31–, y que por medio del juego estos límites emergen a la vez que son afirmados, creados en la práctica. Estos son límites que no están necesariamente consensuados con los adultos referentes de los niños, o si quiera explicitados por ellos, sino que se construyen desde la práctica en el propio habitar.

También, puntualizamos que estas construcciones lúdicas no están restringidas a la infancia, sino que los adultos también despliegan usos lúdicos del espacio público, por lo que los niños, si bien en sus formas propias y en un acto de apropiación y

creación de lo público, lo hacen en interacción con las formas adultas. El espacio está atravesado por múltiples prácticas y formas afectivas que no son necesariamente coherentes entre sí, sino que se tensionan y contradicen, haciendo a la experiencia del espacio que tienen los niños una experiencia por sobre todo compleja. Por otra parte, estas dinámicas que se suceden mayoritariamente dentro del barrio, en ese espacio común que es la calle, también entran en diálogo con disputas y dinámicas propias del vínculo entre la villa y el resto de la ciudad, de las que los niños también participan.

Referencias bibliográficas

- Bang, C. L. (2012). El juego en el espacio público y la participación comunitaria: una experiencia de promoción de salud mental en la comunidad. *Revista Lúdicamente*, 1(2), 4.
- Bernal, J. A. (2018). El juego espontáneo en los intersticios del espacio público. Rincones para el encuentro sensorial en la cornisa histórica de Madrid. Tesis de Maestría de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Bonilla Baquero, C. (1998). Aproximación a los conceptos de lúdica y ludopatía. V Congreso Nacional de Recreación Coldeportes Caldas, Universidad de Caldas. Manizales, Caldas, Colombia.
- Boy, M. (2018). El otro espacio público en los estudios urbanos de la Argentina actual: el género y las sexualidades también construyen ciudad. *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, (9), 153-167.
- Carli, S. (1999). La infancia como construcción social. S. Carli (comp.) *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Buenos Aires: Santillana.
- Carli, S. (2012). *Niñez, Pedagogía y Política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina. 1880-1955*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Chait, L. (2019). *Bajo los adoquines, la playa. Procesos educativos para la participación política de niños y niñas en el proyecto de reurbanización y radicación definitiva para la Villa 31 de Retiro, Ciudad de Buenos Aires*. Tesis de Maestría de la Universidad de Barcelona.

- Corbal, P. (2011). Jugando a definir. El juego como término y fenómeno cultural. In 9º Congreso Argentino de Educación Física y Ciencias 13 al 17 de junio de 2011 La Plata, Argentina. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Educación Física.
- Enriz, N. (2011). Antropología y juego: apuntes para la reflexión. Cuadernos de antropología social, (34), 93-114.
- Enriz, N. (2012). Ceremonias lúcas mbyá-guaraní. Maguaré, 26(2).
- Fernández Bonet, J. (2019). Urbanismo lúdico: la necesidad del juego en el espacio público actual (Doctoral dissertation).
- García Palacios, M. y Hecht, A. C. (2009). Los niños como interlocutores en la investigación antropológica. Consideraciones a partir de un taller de memorias con niños y niñas indígenas. Tellus, 17(9), 163-186.
- García Palacios, M., Hecht, A. C., & Enriz, N. (2015). Crianza y niñez en dos comunidades indígenas de la Argentina (qom y mbyá). Cuicuilco, 22(64), 185-201.
- Gulgonen, T. M y Corona, Y. (2019). ¿Jugar en la ciudad? La percepción de niñas y niños de la Ciudad de Mexico sobre su entorno urbano. Cadernos de Pesquisa em Educação, 21(49), 60-80.
- Heller, A. (1976). Sociología de la vida cotidiana. Barcelona: Península.
- Huizinga, J. 1938. Homo ludens. Argentina: Alianza.
- Lefebvre, H. (2013). La producción del espacio. España: Capitán Swing.
- Liebel, M. (2018). Cien años de la “Declaración de los Derechos del Niño y la Niña de Moscú”. Una memoria. Sociedad e Infancias, 2, 329-332.
- Ons, M. (2018). La ley de urbanización de la Villa 31-31bis en la Ciudad de Buenos Aires. El debate parlamentario y público en torno a su sanción y aplicación (2007-2015). Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos, (9), 184-196.
- Padawer, A y Enriz, N. (2009). Experiencias formativas en la infancia rural mbyá guaraní. Ava. 15, 315 -332.
- Padawer, A. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. Horizontes antropológicos, 16(34), 349-375.
- Rockwell, E. (2011). Los niños en los intersticios de la cotidianeidad escolar: ¿resistencia, apropiación o subversión? En: Batallán, G., Neufeld, M. R, (Coords).

Discusiones sobre infancia y adolescencia. Niños y jóvenes, dentro y fuera de la escuela. Buenos Aires: Biblos.

Scheines, G. I. (1998). Juegos inocentes, juegos terribles. Eudeba.

Segura, R. (2015). Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana. Ediciones UNSAM.

Szulc, A. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles. Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. Runa. Archivo para las ciencias. 40(1), 53-64.

Zenobi, D. (2012). La politización del movimiento cromañón entre los "modelos caseros" y los "modelos del observador". *Avá*, 21.